

PABLO GERCHUNOFF

RAÚL ALFONSÍN  
EL PLANISFERIO INVERTIDO

Ensayo biográfico



Gerchunoff, Pablo

Raúl Alfonsín: el planisferio invertido / Pablo Gerchunoff; prólogo de Susana Lumi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2022. 462 p. ; 22,5 x 15 cm.

ISBN 978-987-628-686-2

1. Biografías. I. Lumi, Susana, prolog. II. Título. CDD 920.71

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: octubre de 2022

© Pablo Gerchunoff, 2022

© del prólogo, Susana Lumi, 2022

© de la presente edición, Edhasa, 2022

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

La editorial ha realizado las investigaciones y los esfuerzos necesarios para contactar a los titulares de derechos sin que surgiera de los mismos un resultado positivo de la fotografía que ilustra la cubierta.

ISBN: 978-987-628-686-2

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcángel Maggio

Impreso en Argentina

Esta edición de 4.000 ejemplares de *Raúl Alfonsín. El planisferio invertido*, de Pablo Gerchunoff se terminó de imprimir en Arcángel Maggio, CABA, el 30 de septiembre de 2022.

# Índice

Prólogo.....	9
--------------	---

## Parte I

La muerte de Alfonsín  
(31 de marzo de 2009)

El planisferio invertido .....	17
--------------------------------	----

## Parte II

La construcción de una personalidad política  
(marzo de 1927-octubre de 1983)

Las raíces (1927-1957) .....	23
Los saltos del delfín (1957-1967) .....	45
Onganía, la bestia negra. ¿La continuidad de un Perón de derecha? ...	68
Alfonsín y la Juventud .....	77
El desencuentro Alfonsín-Balbín (1970-1976).....	84
“Salir del infierno, entrar a otro peor” (24 de marzo de 1976-14 de junio de 1982).....	102
La inspiración (9 de septiembre de 1981-30 de octubre de 1983).....	120

Parte III

¿Qué podía salir bien?

(10 de diciembre de 1983-8 de julio de 1989)

Semana de vértigo (10 de diciembre-16 de diciembre).....	143
Dunkerque o Normandía .....	158
El laberinto de la política sindical .....	216
Tiempo de reír, tiempo de llorar. La ofensiva de Alfonsín, la recuperación peronista .....	244
Alfonsín-Cafiero: ¿otra Argentina que no fue? .....	265
Alfonsín y la economía. Viejas ideas, nuevos problemas.....	275

Parte IV

Gobernar desde el llano

(9 de julio de 1989-28 de octubre de 2007)

“Volvemos” .....	313
Una nueva oportunidad para su reforma constitucional.....	330
La Alianza, sin Alfonsín en las boletas electorales.....	357
¿Conspiró Alfonsín contra De la Rúa y apuró su caída? .....	375
Final. “Un último esfuerzo” .....	390
Testimonios.....	399
Bibliografía.....	443
Agradecimientos.....	459

## Prólogo

*Susana Lumi*

Soy de la generación que vivió la campaña de Raúl Alfonsín de 1983 peleando por decir que esos ojos que yo veía por televisión “me miraban a mí”, mientras Pablo Gerchunoff, a mi lado, afirmaba “que lo miraban a él”. Fue una larga controversia conyugal y el comienzo de una inquietud compartida por saber “quién era ese hombre” con ese mensaje extraordinariamente novedoso en nuestras vidas, ese hombre al que íbamos a votar con entusiasmo pero tristemente convencidos de que perdería frente a Ítalo Luder. “Quién era ese hombre.” Quizás esa antigua pregunta fue la semilla de este libro.

Sobre Alfonsín se ha escrito mucho; sobre su gobierno, mucho más. ¿Por qué insistir entonces? ¿Por qué vuelve a la carga Gerchunoff? Mi respuesta después de leer el libro es que lo que ha buscado Gerchunoff –y creo que lo ha logrado– es bajar a Alfonsín del pedestal de “padre de la democracia” y devolverlo a su condición de ser humano, descifrar los pliegues de su personalidad, indagar en sus aciertos, pero también en sus errores, sus dilemas, sus tensiones, sus silencios, sus gritos. A su juego lo llamaron al autor de este libro. Gerchunoff se ha detenido a lo largo de su propia vida en varias estaciones –periodista, economista, historiador de la política económica, historiador de la política– siempre con la obsesión por comprender antes que por juzgar. Ahora hace lo mismo con la historia de una vida. La vida de un hombre empeñado en cambiarlo todo con la herramienta de la voluntad política. En ese sentido, el título del libro es sugerente: el planisferio invertido. El norte en el sur, el sur en el

norte, Argentina en el centro del mundo. No fue puro ingenio de Gerchunoff ese título. Un planisferio invertido fue el regalo que le hizo a Alfonsín su edecán naval Joaquín Stella y que Alfonsín colgó en una pared de su escritorio.

¿Es este libro una biografía? Por el tono en el que escribe, ciertamente Gerchunoff leyó las palabras de Borges en su Evaristo Carriego: “Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja es la inocente voluntad de toda biografía”. Este libro no es inocente, no pretende la tarea imposible de reproducir la vida de Alfonsín a escala natural. Que el lector se prepare entonces para leer algo alejado de una biografía convencional. Lo que sí pretende Gerchunoff es descubrir y transmitir conexiones no siempre visibles, usar una lente para mirar de cerca, usar otra lente para mirar de lejos, encontrar lo permanente en la vida de Alfonsín, pero también las coyunturas críticas que explican “los cambios de sentido” a lo largo de su trayectoria.

Estamos ante lo que podríamos denominar entonces un ensayo biográfico, pero quisiera subrayar que es un ensayo en el que se respiran aires posalfonsinistas. Se habla de un Alfonsín que con sus claros y oscuros ha completado su parábola y pertenece ya a la historia. Valen aquí las palabras que escribiera Lucio V. Mansilla en el prólogo de su biografía de Rosas: “Este libro no es, no puede ser, no debe ser ni una justificación ni un proceso. Sería un libro de partido que, no sustituyendo las realidades históricas a los disfraces de la leyenda, no haría sino aumentar la incertidumbre y las confusiones”.

Gerchunoff atiende el contexto, pero no reemplaza lo biográfico con el contexto, investiga con fuentes escritas y audiovisuales, acude a testimonios orales, interpreta, combina lo cronológico con lo temático, usa la anécdota si sirve a lo conceptual, descrea de las versiones demasiado cerradas de los acontecimientos, deja interrogantes sin contestar. Así como en su libro *La Caída* le pregunta a un Perón imaginario, esta vez le pregunta a un Alfonsín que ya no puede contestar, y lo atractivo es que parece esperar una respuesta. Desde luego, también imagina. En su ensayo *Cómo se escribe una vida*, Michael Holroyd dice que “en las malas biografías cada detalle

se subraya, no se cuenta, y la vida se narra como la de un santo. La biografía exige cierta destreza en el arte del bordado, no exenta de una bienvenida ligereza...”. Espero no estar descalificando a Gerchunoff si digo que esa destreza está presente en este libro.

Los hechos que se narran están organizados en un antes, un durante y un después del gobierno, aunque el primer capítulo trata de su muerte y sus funerales. Algunos ejemplos muestran el *tour de force* de Gerchunoff. En la primera parte, la relación especial de Alfonsín con su madre, y a través de ella, con el progresismo cristiano; el vínculo irrompible con sus pagos de Chascomús y con el campo, ese vínculo que lo convirtió en un agrarista y en un reformista agrario, y por un largo tiempo en un conservador de costumbres; la decisión de adherir a Balbín y no a Frondizi en la fractura de la Unión Cívica Radical a fines de 1956; la decisión de romper con Balbín quince años más tarde, denunciando el acercamiento de su maestro a Perón, acompañado Alfonsín por los jóvenes radicales movilizados. El vínculo con Balbín es revisado, contradiciendo las reseñas que suelen reducirlo a un enfrentamiento y disputa por el poder partidario entre lo “nuevo” y lo “viejo”, entre lo “progresista” y lo “conservador”. En este texto se hilvana una historia con trazos más ricos, en la que Alfonsín se nutre de Balbín, se mide con él, le da pelea y “lo mata” como se mata al padre para poder crecer. “Como la mayoría de la gente en rebelión [...] estaba más que levemente enamorado de aquello contra lo que se rebelaba”, así se refirió Anthony Powell al escribir sobre Orwell. Más adelante en el libro, las batallas contra Onganía, la bestia negra corporativista que en la visión de Alfonsín representaba la continuidad de un Perón virando a la derecha en 1952; las denuncias contra la dictadura y a la vez el intento de un diálogo con los dictadores en la búsqueda de una salida democrática; finalmente la inspiración de 1982 y 1983, esa inspiración que lo cambió para siempre y lo llevó a la presidencia.

Difícil reflejar en pocas palabras la intensidad dramática de los cinco años y medio del paso de Alfonsín por el gobierno, que es el tema de la segunda parte del libro. Había batallado exitosamente por el poder contra un adversario a priori imbatible, ¿disfrutó del ejercicio del poder? Es dudoso. Alfonsín fue un formulador de proyectos, un

imaginativo del porvenir; allí es donde mejor se sentía, mucho mejor que en el ejercicio del gobierno. Es comprensible. De hecho el suyo fue un gobierno al límite de lo imposible. El intento de dar solución simultánea a la cuestión militar, la cuestión sindical y la cuestión económica (el triángulo móvil, lo llama Gerchunoff) se frustró en el contexto de los juicios a los involucrados en la represión ilegal, del porfiado encono sindical y de la densa bruma en la que navegó el gobierno de Alfonsín en materia económica. El lector descubrirá en la lectura del libro que los protagonistas de cada uno de los vértices de aquel triángulo actuaban —en el mismo ámbito gubernamental— abstraídos en sus propias lógicas internas. Solo la mirada exhaustiva de Alfonsín alcanzaba a capturar el conflicto en su integridad. Y desde esa mirada abarcativa, a partir de 1986 Alfonsín rearma, una y otra vez, su agenda de gobierno, intentando retomar la iniciativa, salir de la encerrona, fabricar nuevos proyectos. En ese contexto entiende Gerchunoff el traslado de la Capital hacia el sur del país, los primeros pasos hacia la reforma constitucional, los acuerdos con Brasil.

El tratamiento de la cuestión militar ocupa en el libro un lugar significativo (lo que no podía ser de otra manera) pero a la vez novedoso. Gerchunoff propone a una interpretación respecto a la centralidad de los hechos de Semana Santa que no es la más frecuente. A diferencia del recuerdo cristalizado en la mayor parte de la sociedad argentina —en el que todo se desata y se resuelve entre un jueves santo y un domingo de resurrección—, Gerchunoff afirma que los padecimientos de Alfonsín en su relación con el mundo militar se extendieron hasta el final de su gobierno.

¿Es el Alfonsín después de su salida del gobierno un hombre a la defensiva o a la ofensiva? El sueño de un acuerdo democrático y reformista con un peronismo que se le pareciera, el de Cafiero, se había desvanecido. Ahora estaba en el gobierno el peronismo de un Carlos Menem, en pleno viraje “neo-liberal”. En la tercera parte del libro vemos a Alfonsín defendiendo su gobierno y criticando sin matices y con poco éxito a Menem, al tiempo que decidía un acercamiento definitivo a una Internacional Socialista que, para su enojo, se estaba volviendo liberal. El centro de esta tercera parte del libro



es la reforma constitucional de 1994, un proyecto incomprendido y, según Gerchunoff, la segunda gran inspiración de Alfonsín (“Solo al fuerte le es permitido sellar alianzas” escribió Hannah Arendt en un poema, “En el septuagésimo cumpleaños de Blumenfeld”). Frente a la perplejidad al sentirse rechazado incluso en su frente interno, Alfonsín recurre, a fines de 1993, a la acción y a la poderosa arma de la persuasión. Dos rasgos le eran ajenos: indolencia y autocompasión, aunque en algún momento reveló el riesgo de “tenerse lástima”. Cita Gerchunoff a propósito de los debates con sus correligionarios sobre la necesidad de la reforma constitucional de 1994: “En algún momento de esas largas horas me ocurrió lo peor que le puede pasar a un luchador: sentí lástima de mí”. Un luchador. Así se veía Alfonsín. Y así lo transmitía. Hacia el final, Gerchunoff nos ofrece un tenso relato sobre el lugar de Alfonsín en la Alianza y sobre su áspero choque con Fernando de la Rúa, que terminó en la desintegración del partido al que había llevado a la cima. Se pregunta Gerchunoff: ¿conspiró Alfonsín contra De la Rúa?

No es un recorrido completo el de este prólogo. Apenas unas pinceladas del retrato que compone Gerchunoff. Son solo ejemplos, pero en ninguno de ellos ni en el libro entero se cae en la celada de una visión complaciente con Alfonsín. Y no es una vida intensa la que nos cuenta Gerchunoff. Es una vida casi frenética que no se da tiempo para un momento de paz. ¿Encontraría algo de paz en la lectura? Dice Richard Holmes en *Letters for Children* que para penetrar en las “áreas silenciosas” de una vida, esas que tampoco aparecen en las autobiografías, existe el recurso de observar al personaje como lector. Alfonsín fue lector desde la niñez y se convirtió con el paso de los años en un lector intencionado que concentraba su limitado tiempo de soledad en textos que le dieran sustento histórico e inspiración a sus proyectos. Harold Laski, Norberto Bobbio, sus “disputas” con Anthony Giddens. Huellas que deja un lector y que recoge el biógrafo.

Alfonsín lector, Alfonsín escritor. Alfonsín escribió y leyó probablemente como ningún otro radical. Por fuera de sus intervenciones periodísticas, escribió su primer libro en 1980, *La cuestión argentina*, y desde entonces siempre lo hizo para darse herramientas políticas.

En 1996 publica *Democracia y consenso*. En el prólogo Alfonsín anticipa que ese libro es el primero de un conjunto de cinco que espera escribir en el lapso de dos años, aclarando que ya tiene material “seleccionado y clasificado”. No se detiene. Puro voluntarismo. La lectura como insumo, la escritura como herramienta política. Escribe *Memoria política* en 2004 y *Fundamentos de la República Democrática* en 2007.

Gerchunoff ofrece en este libro una llave de entrada a una vida teñida por la urgencia, apasionada, imperfecta. El prólogo que aquí termina es una invitación a un viaje. Que el lector se deje llevar.

## Parte I

La muerte de Alfonsín  
(31 de marzo de 2009)

## El planisferio invertido

La muerte previsible estimula los homenajes tempranos a los hombres públicos cuando se intuye que la muerte los va a embellecer. A veces, esos homenajes son actos de astucia, como el de Cristina Kirchner en la Casa Rosada para con aquel Raúl Alfonsín que ya amenazaba con convertirse en prócer. No convenía estar peleado con un prócer. “Los homenajes hay que hacerlos en vida”, dijo descarnadamente la presidenta al moribundo, vestida con un traje rosa primaveral que contrastaba con la vestimenta oscura del caudillo del 83. Era el primer día de octubre de 2008 y en primera fila estaba sentado Néstor Kirchner, al que la muerte sorprendería dos años y nueve días después. Al poco tiempo, ya no como una astucia, se celebró en el Luna Park el acto del 30 de octubre de 2008, organizado por la UCR, que convocó a unas quince mil personas y al que Alfonsín ya no pudo concurrir, pero al que envió un mensaje grabado en el que se percibía la voz fatigada. Fue un acto nostálgico y paradójico: “Somos la vida”, cantaban los jóvenes. Las visitas que permanentemente recibía Alfonsín en el quinto piso de Santa Fe 1678 eran homenajes no confesados. Pretendían ser también inyecciones de optimismo. Se tomaba el té, se discurría sobre la actualidad política y sobre temas menores, menores para un hombre que había sido toda su vida y todavía era en esos días pura política. Pero sustantivamente eran despedidas. Alfonsín, la cara cada día más color cera, los ojos más apagados, los rastros de tratamientos agresivos e inevitables, les decía a casi todos lo mismo: “De cáncer al pulmón no me voy a morir”. Tenía un cáncer de pulmón terminal, con metástasis óseas, y el deterioro había avanzado durante el

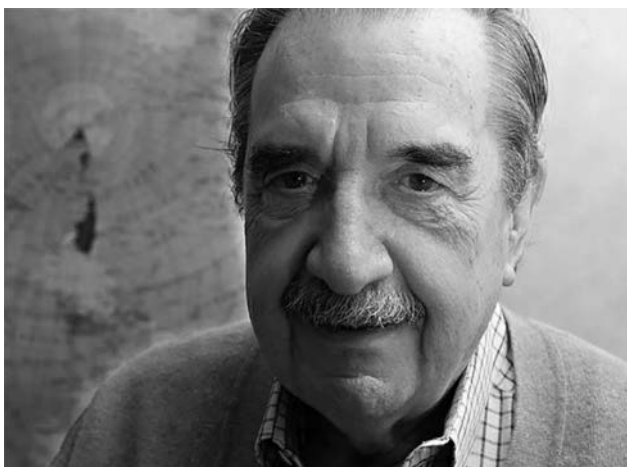
verano. A Federico Polak, su vocero, se lo había dicho casi en un grito el día de 2007 en el que le dieron el diagnóstico: “¡Tengo cáncer, Polak! No sé para qué tanto médico y tanto análisis cada quince días. ¡Tengo cáncer!”. Esa comprensible protesta contra el destino y contra la medicina se repetiría recurrentemente, aunque la familia trataba de ocultarle lo sombrío del pronóstico. Era la rebeldía de un luchador frente a un enemigo que esta vez –por primera vez– no le daba chances de pelea.

Desde diciembre de 2008, el octavo piso del edificio, el hogar de los Alfonsín en Buenos Aires, se había convertido en un sanatorio. Por María Lorenza y por Raúl. María Lorenza tenía una enfermedad neurológica desde las épocas de la presidencia y estaba casi ciega. Necesitaba atención permanente. Raúl estaba agonizando. La vejez es cruel, y la vejez enferma es más cruel. Raúl estaba físicamente cerca de María Lorenza como casi nunca antes. Pero ya no le iba a pedir perdón por las largas épocas de abandono. Más de una vez lo había hecho antes, pero ya no, ya no había tiempo. Enfermeras y médicos poblaban el departamento. Los hijos y los nietos también. Raúl estaba sedado con morfina, dormido buena parte del tiempo. En la mañana del 31 de marzo, ya se sabía que era el final. Lo habían dicho los médicos del Hospital Italiano. Monseñor Justo Laguna, su amigo, el obispo de Morón, le daría los santos óleos. No su primo hermano entrañable de la rama materna, monseñor José María Arancedo, que también estaba allí y que celebraría la misa de cuerpo presente en las escalinatas del Congreso dos días más tarde. Se notaba en el aire porteño que el verano estaba terminando. De a poco, el quinto piso se fue transformando en una sala de espera, a la espera de la muerte. Allí estaban los amigos y los militantes más cercanos. La vigilia se extendía a la calle. Alfonsín murió a las ocho y media de la noche. Ricardo Alfonsín, el único de sus seis hijos dedicado a la política, bajó al quinto piso y dio la noticia. Luego se dirigió a Margarita Ronco y le dijo: “¿Querés subir?”. Margarita subió. Nadie más subió. Unos minutos después, se hizo el anuncio oficial en la puerta de calle. Era la hora de los noticieros televisivos. José Ignacio López, que había sido su portavoz presidencial, decía, en paralelo al comunicado de los médicos, que Alfonsín había muerto en la fe inculcada por su madre.

Al día siguiente fue el velatorio en el Congreso de la Nación. La muerte es el hecho más misterioso de la vida, un misterio privado e intransferible, pero el velorio y el entierro del 2 de abril en el cementerio de la Recoleta fue también un misterio, aunque más fácil de develar. El muerto ocupó por unas horas, con una enorme y paradójica vitalidad, un vacío político. Néstor y Cristina Kirchner pasaban por el peor momento desde que el 25 de mayo de 2003 Néstor asumiera la presidencia, y de hecho caerían derrotados poco después, en las elecciones intermedias de fines de junio. Derrotados –la palabra maldita para el kirchnerismo– en la provincia de Buenos Aires, en la Ciudad de Buenos Aires, en Mendoza, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, en todo el centro del país, y hasta en Santa Cruz. Una derrota no tan contundente como sorpresiva. En algunos casos, como el de la provincia de Buenos Aires, a manos de políticos desconocidos hasta hacía poco tiempo. Pero a principios de abril, las exequias de Alfonsín fueron la herramienta que, más allá de los radicales y sus banderas rojas y blancas, usó buena parte de la sociedad porteña para expresar de manera oblicua su descontento con el gobierno, haciendo filas de cinco horas para ingresar al Salón de los Pasos Perdidos, y al día siguiente apiñándose sobre la avenida Callao, para acompañar la cureña con el féretro. En el día y la noche del 1° de abril, solo se escuchó el murmullo de la multitud. Pero en el desfile del día 2 de abril desde el Palacio del Congreso hasta el cementerio, se escuchó el grito casi olvidado: “¡Alfonsín! ¡Alfonsín! ¡Raúl, querido, el pueblo está contigo!”. No era solo una despedida. Era también una difusa identificación política con el hombre que desde veinte años antes había perdido los favores electorales de buena parte de quienes ahora lo vivaban. ¿Tenía ese grito el mismo sentido político que en 1983? ¿Contenía la misma voluntad restaurada o significaba ahora otra cosa? Veremos si estas páginas ayudan a contestar esas preguntas.

Mientras Julio María Sanguinetti –el expresidente uruguayo por el Partido Colorado– y Antonio Cafiero –el amigo y competidor peronista, cinco años mayor que Alfonsín– hacían llorar a los propios radicales con sus discursos en la Recoleta, en la puerta del panteón donde yacen los muertos de la Revolución de 1890, el departamento del octavo piso permanecía semivacío. María Lorenza no estaba en condiciones de ir al entierro de su marido. Ni siquiera de compren-

der que su esposo había muerto: “¿Volvió Raúl?”, preguntó ese día y los siguientes. Se había quedado con una escasa compañía. Las oficinas del quinto piso estaban completamente vacías, solo pobladas por el silencio más completo —apenas perturbado por los ruidos habituales de la calle— y por los objetos inanimados. Los libros de la biblioteca, los sillones del living, los papeles algo desordenados sobre la mesa de Margarita, el escritorio, los diplomas y las fotos del despacho que raramente usaba Alfonsín. Si la lente de una cámara imaginaria hubiera tenido capacidad de conmoverse recorriendo esos objetos, se habría detenido frente al planisferio invertido que estaba en el despacho, colgado en la parte derecha de la pared que da al oeste, junto a una foto familiar y a otra en la que un joven Alfonsín compartía una comida con Balbín e Illia. El planisferio invertido: el norte está en el sur, el sur está en el norte, Argentina en el centro del mundo. Era el símbolo de la pasión política, de la voluntad política que Alfonsín ya no podría ejercer: la realidad puede cambiarse, puede darse vuelta; el peronismo puede perder; la plaza de Mayo puede ser vista desde el Cabildo, y no desde la Casa Rosada; la Capital Federal podría mudarse; el sistema político, mutar por obra de esa voluntad; la democracia, curar y educar. Así fueron las cosas. Muchas veces la voluntad falló, o se equivocó, pero nunca cedió, precisamente porque estaba guiada por la pasión. Hasta ese 31 de marzo de 2009, cuando murió el hombre del que ahora vamos a hablar.



Raúl Alfonsín, con el planisferio invertido de fondo.